

y castellanos, y fué muerto un portugués. Y desde ovieron gastado la munición, cada exército tiró por su parte; pero nunca en Maluco ovo tantos llantos, como sucedieron desta batalla, porque todos los que podian tomar armas se hallaron en ella.

En lo de Machian que se dixo de suso, acaesció una haçaña de un indio, que no es raçon que se dexa de escrebir, por ser notable y tan famosa como agora diré. Este indio era natural de Java, y estaba cassado en Machian, y hallósse dentro de aquella cibdad al tiempo que los portugueses la tomaron, y fué el caso este. Que cómo el indio javo vido que la cibdad se entraba, él se fué á su casa y dixo á su muger é hijos que los portugueses estaban ya dentro del pueblo y que no podian escapar de ser muertos ó presos; y que él mas queria morir peleando, que no ser esclavo de portu-  
guese-

ses ni ver á su muger é hijos en poder dellos; y que tenia determinado de matar á su muger é hijos primero y despues yr á pelear contra los portugueses, y morir, vengando sus muertes y la propia suya. Y su muger le dixo que ello era bien dicho y que assi se hiçiesse: que ella era muy contenta. Y sin perder tiempo, mató la muger é hijos, y fuesse á donde vido el esquadron portugués y abraçóse con el primero portugués que yba en la delantera, y degollólo con una daga que llevaba, y dió á otro portugués que yba al lado de aquel una grand cuchillada por la cara, y diéronle á él un escopetaço y cayó muerto. Pareçe que no podia aver mas ánimo en hombre humano, y que es aquesto una de las cosas que las historias çelebran por rarísimas y notables y de mucha admiración, cómo en la verdad son.

### CAPITULO XXVIII.

Cómo el gobernador de la Nueva España envió un galeon con gente á la Espeçieria, por mandado del Emperador, á saber del armada que avia llevado el capitan frey Garcia de Loaysa, y halló las cosas en el estado que dicho, y de lo que subçedió en la llegada del galeon; y cómo los castellanos con su fusta tomaron puño á puño la galera de los portugueses, y otros recuentos y cosas conçernientes al discurso de la historia; y de la muerte del traydor de Fernando de Valdaya, el que dió las hierbas al capitan Martin Iñiguez de Carquiçano.

En el mes de febrero de mill é quinientos y veynte y ocho, envió el rey de Gilolo á pedir al capitan Fernando de la Torre algunos castellanos más de los que tenia, para yr sobre Tuguabe, que está tres leguas de Gilolo, y estaba por los portugueses. Y envióle doce hombres, y fueron por tierra de Gilolo sobre Tuguabe, y no le pudieron tomar; pero tomaron otros quatro pueblos pequeños. Y en Tuguabe mataron á los nuestros un caballero mançebo y de gentil ánimo, que se llamaba Panyagua, é hirieron á otro, que se decía Fibes, malamente de un escopetaço. Y estando sobre aquel lugar, vieron

venir á la vela un galeon por la mar, y luego enviaron á saber qué navío era, y supieron cómo yba de la Nueva España, y le enviaba el capitan Hernando Cortés, por mandado de Su Magestad, á saber del armada que avia llevado el comendador frey Garcia de Loaysa. Y luego se entraron en el galeon dos castellanos, y dixeron al capitan del galeon, Alvaro de Saavedra, cómo la guerra estaba muy trabada con los portugueses, y avisáronle de todo lo que passaba. Y aquel mismo día que los dos hombres nuestros entraron en el galeon, llegó una fusta de portugueses á reconosçer qué galeon era

aquel, y ovieron habla; y los portugueses pensaron engañar al Saavedra con sus palabras, y dixéronle que no avia en Maluco castellanos algunos, porque un navío que ahy avia llegado, avia ydo á su fortaleza dellos y le avian dado todo lo que ovo menester para su viaje, y se avia ydo á España. Y cómo el Saavedra tenia sabida la verdad, que era lo contrario, díxoles que él sabia de çierto que avia en Maluco castellanos, y que estaban en la isla de Tidore: que por qué le deçian lo que no era çierto. Entonçes los portugueses, viendo que los entendian, determinaron de echar á fondo el galeon, y quiso Dios que una lombarda gruesa con que quisieron tirar á los nuestros no tomó el fuego; y assi ovo lugar de se desviar un poco de la fusta, y començáronse á lomardear los unos á los otros, y acudió la viraçon y entró el galeon en Gilolo. Y luego el rey hizo saber al general de Castilla cómo aquel galeon era llegado, y el capitan general hizo aparejar presto la fusta para yr allá. La misma noche llegó un batel de portugueses á se juntar con su fusta, y otro dia por la mañana començaron á lomardear ambos á dos al galeon nuestro; y estando ellos lomardeándole paresció nuestra fusta, que yba á la vela, y cómo los portugueses la reconosçieron, dexaron de lomardear el navío y se fueron. Y assi el galeon, en compañía de nuestra fusta, fué á Tidore, donde los castellanos con mucho plaçer lo rescibieron.

Desde á dos ó tres dias los castellanos que estaban en Zalo, sobre Taguabe, fueron á Gilolo, dexando hasta quinientos indios y quatro mosquetes de fierro; y de Gilolo fueron á Tidore los que avia enviado el capitan. Y desde á çinco ó seys dias fueron los portugueses con su galera y fusta sobre Zalo, y lo tomaron y mataron mucha gente: y aquel mismo dia que quemaron á Zalo, se vido el fue-

go desde Tidore y se supo cómo los portugueses lo quemaban. Y luego fueron los castellanos con su fusta y çiertos paraos á la isla de Ternate, y quemaron un pueblo que se llama *Toloco*, que era uno de los mas fuertes lugares que avia en toda la isla, y mataron mucha gente. Y aquesto fué una cosa de grand reputación, y que los portugueses y los indios tuvieron á mucha osadía, aver los castellanos atreviéndose á saltar aquel lugar.

Començóse á adobar el galeon para que se tornasse á la Nueva España, el qual llevó á la Espeçieria hasta treynta y çinco personas.

El postrero dia de abril de aquel año fué Martin de Islares con un parao á una isla que está quinze leguas de Tidore, y quemó un pueblo y prendieron los del dicho pueblo: los de las otras islas dieron el rebato y notiçia á Ternate, y salieron catorçe paraos, y yendo para allá, toparon con el capitan Martin de Islares, y lomardeándole, le dieron çaçá, hasta que le hiçieron encallar en la isla de Gilolo, y él y los indios escaparon en los montes, huyendo. El mismo dia se tuvo nueva cómo los catorçe paraos avian ydo tras el Martin de Islares, y luego el capitan mandó aparejar la fusta y que fuesse á socorrerlo; y llegados en una isla que se llama *Mare*, supieron los nuestros cómo los de Ternate avian tomado el parao nuestro y se avian vuelto, y luego en la misma hora se tornó la fusta.

Otro dia siguiente que se contaron quatro de mayo de mill é quinientos y veynte y ocho; estando los castellanos oyendo missa, llegó el gobernador Quichilrrade, á deçir en cómo los catorçe paraos de los portugueses yban á quemar un pueblo de Tidore que se llama *Sacónora*, el qual estaba á una legua de Tidore. Y luego el general mandó adereçar la fusta, para que fuesen allá, y embarcáronse treynta y siete hombres en



ella, muy bien armados, de los quales fué por capitán Alonso de Ríos, y pussiéronse tras una punta, para que si los portugueses saliessen en tierra, diesse la fusta sobre su armada. Y estando los nuestros assi, vino un parao pequeño de los portugueses, descubriendo al luengo de la costa, y vido la fusta, y assi cómo la descubrió, tiró un tiro, haciendo señal á los suyos. Cómo los de la fusta vieron que eran descubiertos, salieron fuera de la punta donde estaban, para ver el armada de los enemigos; y vieron catorce paraos y una galera de los portugueses, de lo qual les pesó mucho, conosciendo el notorio peligro en que estaban, creyendo que de muertos ó presos no podrían escapar. Estonçes el capitán Alonso de Ríos, dixo á los principales hidalgos castellanos, y á los demás que yban en la fusta: «Señores, qué os parece que debemos hacer?..» Á lo qual le respondieron, que pues avian salido de Tidore por mandado del general, en busca de los enemigos, y los tenían tan cerca, aunque eran muchos, que no podrían tornar sino con mucha vergüenza, si rehusassen la batalla, aunque con su desventaja fuese, y que los indios los tenían en poco; y que hombres, que tan leños tenían el socorro como ellos, era menester que se aventurassen las vidas, pues que era mejor perderlas peleando, que no huyendo; y que se encomendasen á Dios y diessen en los enemigos. Cómo el capitán vido el gentil ánimo con que lo decían, dixo: «Señores, yo os tengo en merced vuestros consejos, y no se esperaba de tales varones, sino que vuestra respuesta y obras serán como quien soys, y como lo deben decir y hacer tan valientes y leales hombres.» Y loando lo que avian dicho, dixo: «Señores, hagamos oración á Dios, al qual os encomiendo, y me ofrezco con vosotros, y hágase lo que se ha de hacer.» Y luego

hincaron las rodillas, y con breves palabras y entera voluntad, se encomendaron al verdadero defensor y poderoso determinador de las victorias, y dieron al arma, y comenzaron la batalla llamando á Dios y al apóstol Santiago en su ayuda. En este mesmo tiempo, Quichilderebas, que era capitán general de los paraos de los indios y gobernador de Ternate, hombre muy valeroso y de mucho esfuerzo, movido de sí (ó mejor diciendo, movido por Dios), quiso ver qué maña se daban los castellanos, y hasta dónde llegaba su esfuerzo; y parescióle que era poquedad que con una grand galera y tantos paraos, y aviendo tanta desigualdad en el número con los enemigos, peleassen todos contra la fusta de los castellanos, y aun también desseaba ver cómo lo hacían los unos chripstianos contra los otros, puesto que los portugueses eran muchos más, y la diferencia grande que avia de la galera á la fusta. Y dixo al capitán de la galera, que era Fernando de Valdaya (el qual dió la ponçoña al capitán Martín Iniguez de Carquiçano), que pues los castellanos eran una fusta sola, y los portugueses tenían una galera, con que tenían mucha ventaja, que él se quería apartar afuera y mirar cómo peleaban los chripstianos unos contra otros, y qué tan presto tomarían á los castellanos á solas. Y el capitán de la galera le respondió que él lo decía como caballero y que assi lo hiciese. Y luego Quichilderebas se apartó con los paraos á una parte, y fueron la galera y la fusta á barloar la una con la otra con el mayor ímpetu y ánimo que les pudo bastar, y pelearon bien dos horas grandes, y al fin la galera fué tomada y presa; y en rindiéndose, hicieron cara los castellanos con la galera y la fusta á los paraos, que ya se venían acercando á socorrer la galera. Pero diéronles una roçiada de artillería, de tal manera, que

luego huyeron los paraos á mas que de passo, y assi quedaron los castellanos victoriosos y con la galera. Murieron quatro hombres de los castellanos, y fueron algunos otros heridos; y de los portugueses murieron ocho, y entre ellos murió el capitán Fernando de Valdaya, y comenzándose á confessar, aviendo dicho pocas palabras, se le salió el ánima

sin poder acabar su confession. Y en aquellas pocas que dixo, declaró cómo avia dado la ponçoña al capitán Martín Iniguez, puesta en la uña del dedo pulgar de la mano, segun se dixo en el capítulo XXV deste libro. Y fueron heridos y pressos muchos portugueses y puestos á buen recabdo.

## CAPITULO XXIX.

Cómo el galeon de Hernando Cortés, de que era capitán Alvaro de Saavedra, partió del Maluco y llevó ciertos prisioneros portugueses, y la ruindad que hicieron al capitán hurtándole el batel, y cómo el navío volvió á Tidore, donde estaban pressos dos de los dichos portugueses, de los quales fué hecha justicia pública.

Pocos dias antes que la galera de los portugueses fuese tomada, avian huido de Ternate dos portugueses y passádose á los castellanos: el uno era un fidalgo que se llamaba Simon de Brito, y el otro se decía Bernaldino Cordero, los quales ovieron el fin que aqui se dirá. Pero no es necesario que se digan las muchas entradas que esos pocos castellanos que eran hicieron, en que quemaron y destruyeron muchos pueblos, con la persona y capitán quel general enviaba á la guerra; porque do quiera que yban algunos de los nuestros, siempre señalaba un hombre de los bien estimados, á quien los que con él yban toviesen por capitán y le obedeciesen, y con el parescer y mandado del tal hacían los indios y los chripstianos la guerra, en prosecucion de la qual se derramó mucha sangre de los unos y de los otros. Mas no curaré de decir todo, sino las cosas mas señaladas, por llevar al cabo esta relacion del trabaxoso é infelice cuento desta armada, que salió de España, á la Especiería, con el comendador Loaysa. Y digo assi, que aquel clérigo don Johan y el capitán Santiago que

arribaron á la Nueva España con un patax, que era uno de los navíos desta armada, dieron de todo lo subcedido (hasta aver passado el Estrecho de Magallanes el dicho comendador) entera relacion, y el gobernador Hernando Cortés avisó á la Cesárea Magestad dello; y envióle á mandar que enviase á toda diligencia á la Especiería á saber de la dicha armada. Y á esto fué el galeon y el capitán Alvaro de Saavedra, de quien se ha fecho mençion de suso; y fué aparexado y reparado, para que volviesse con la respuesta á la Nueva España, para que desde allí, como por mas corta via y mas brevemente, Su Magestad supiesse las cosas que en las islas del Maluco passaban. Y assi se partió esse galeon de Tidore en el mes de agosto del año de mill é quinientos y veynte y ocho, llevando por piloto á Matias del Poyo: y envió el capitán Fernando de la Torre con las relaciones y despacho á un Gutierre de Tañon, asturiano, y envió á Su Magestad, cinco ó seys portugueses de los prisioneros, para mas verificación, de la guerra que con ellos se tenia; entre los quales fueron aquel Simon de Brito, de quien



de suso se hizo mençion, puesto que no como prèssos segund los otros, sino como amigo que se avia passado de su grado á los nuestros. Y assimesmo yba el otro Bernaldino Cordero, porque estos le pidieron por merçed al capitan general que los dexasse yr en el galeon, y se lo otorgó; é yban muy bien tractados estos dos por la raçon questá dicha. Y segund despues lo mostró la obra, el propóssito de Simon de Brito no era bueno, porque en el mes de octubre adelante del mesmo año, supo el capitan general cómo en la isla de Gilolo, por la vanda del Leste, en un lugar que se dice *Bicholli*, avian aportado dos chripstianos y un indio en una canoa, y que decían que eran castellanos. Y luego el capitan mandó á Urdaneta que fuesse allá, y reçelándose que serian portugueses, fué derecho á Camapho, y allí hizo armar diez paraos, y fuesse á Guayamellin, y supo, antes que llegasse allá, cómo eran portugueses: y porque no huyessen, llegó de noche al lugar, y ovo plática con los indios de Guayamellin, que son vassallos del rey de Tidore, y subió arriba al lugar é híçolos prender. Los quales eran el Simon de Brito y el patron de la galera que avian tomado los nuestros; y preguntando al Simon de Brito por el galeon, dixo quel galeon ya seria navegado y estaria en la Nueva España, y que él porque le trac-

taba mal el capitan Saavedra, se avia salido del galeon juntamente con el patron, dosçientas leguas de allí en una isla, y se avia aventurado en aquella canoa de venir á Tidore, donde los castellanos estaban. Mas el Urdaneta, no dándole crédito, los llevó á buen recaudo á Tidore, donde ya el galeon era tornado, y el capitan Saavedra estaba con grand desseo de aver á las manos al Simon de Brito, porquel y otros quatro ó çinco portugueses se avian huydo con el batel en las islas de los *Papuas*, y dexado al capitan Saavedra y á otros en tierra: y el Simon de Brito y los otros sus compañeros, se perdieron con el batel y aportaron á unas islas, en las quales se quedaron los otros compañeros con el batel, y el Brito y el patron determinaron de passarse al Maluco á los portugueses en una canoa, é yendo allá, dieron consigo en Guayamellin, donde el Urdaneta los prendió. Luego el capitan Saavedra dió quexa criminal contra el Simon de Brito y el patron, y avida la informaçion y reçeçbida su confession de ambos, dió sentençia el capitan Fernando de la Torre que fuesse arrastrado y degollado el Simon de Brito, y al patron que lo ahorcassen. La qual sentençia luego fué executada méritamente en ellos, para su castigo y exemplo á otros.

### CAPITULO XXX.

Cómo se supo que era perdido el galeon llamado Sancta Maria del Parral, del qual (en esta armada del comendador Loaysa) era capitan don Jorge Manrique, al qual mataron alevosamente y muy cruda; y cómo se supo la verdad y fué hecha justiçia de uno de los malhechores; y cómo el galeon del capitan Saavedra le tornaron á despachar en Maluco para que volviesse á la Nueva España; y cómo murió el rey de Gilolo, amigo espeçial de los castellanos; y cómo se perdió Tidore y la fuerça que los nuestros tenían, por la trayçion y amotinamiento de Fernando de Bustamante, y del partido con quel capitan Fernando de la Torre dexó la fortaleza de Tidore y otras particularidades que conyienen á la historia.

Al tiempo quel capitan Alvaro de Saavedra pasó por las islas de los Celebes, le

truxeron los indios dos chripstianos para si los querian rescatar, los quales eran

gallegos del galeon nombrado Sancta Maria del Parral, del que era capitan don Jorge Manrique. Y este navío era uno de los del armada que llevaba á la Espeçiería el comendador, frey Garcia de Loaysa, y perdióse este galeon en la isla de Sanguin, questá obra de septenta leguas del Maluco. Y el capitan Saavedra los rescató á trueco de oro y los llevó al Maluco: el uno dellos se deçia Romay, y el otro Sanchez; y á cabo de çiertos dias que estovieron en Maluco descubrióse por ellos mesmos cómo se avian perdido. Y sabido por el capitan Fernando de la Torre, hizo prender al Romay. Y el Sanchez se huyó á los portugueses; y en la mesma saçon escribió un flamenco, llamado Guillermo, desde las islas de los Celebes en cómo se avian perdido, y en su carta condenaba á estos dos gallegos, por la qual carta, y por otros indicijs se dieron çiertos tractos de cuerda al Romay, y al fin confessó cómo avian arribado á Viçaya, y allí enviaron el batel á tierra y se le avian tomado los indios con toda la gente y la mataron; y de allí los que quedaban fueron é surgieron en otra isla, y estando surtos allí, estos gallegos y otros del galeon, se concertaron de matar al capitan y á otras personas, como de hecho lo hicieron: al qual capitan don Jorge Manrique; y á su hermano don Diego, y á Francisco de Benavides, thesorero de la mar, los echaron vivos á la mar, y al bordo de la nao los alanzearon. Y de allí viniendo sin capitan y sin piloto, que se les avia falleçido, dieron con la nao al través en la isla de Sanguin, donde los indios pelearon con ellos, y mataron la mayor parte dellos, y los restantes prendieron y los vendieron por essotras islas. Vista su confession, fué sentenciado á que lo arrastrassen, y arrastrado, fuesse fecho quatro quárto; y assi se cumplió y executó la sentençia.

TOMO II.

Tornóse otra vez á aparejar el galeon, y partióse para a Nueva España; y porque la otra vez intentó el capitan Saavedra de se meter debaxo del Norte, penssando hallar vientos favorables para yr á la Nueva España, y no los halló, platicóse muchas vezes que se debia de meter debaxo del Sur, hasta estar en veynte y çinco ó treynta grados, y de allí podria ser que hallasse buenos tiempos, y siempre lo contradixo el Saavedra; y assi se partió en el mes de enero de mill é quinientos y veynte y nueve años.

En el qual tiempo, con la mucha guerra y grandes trabaxos que los castellanos passaban ordinariamente, eran muertos parte en la guerra y parte de enfermedades; y cada día se yban apocando, y á los portugueses cada un año les yba socorro, y la guerra siempre se ençendia mas. En essa saçon los nuestros hicieron un bergantin de doçe bancos para con la galera y la fusta; pero todos los saltos que se hacian era con los paraos de los indios, y pocas semanas se passaban que no peleassen, topándose. Y tambien eran muertos muchos indios en esta guerra, y estaban muy fatigados, porque alrededor de aquella isla avia muy pocos pueblos que no oviessen quemado y destruydo, y muerto mucha gente; y siempre el rey de Gilolo tuvo firme su amistad con los castellanos, y los favoreçia con toda su posibilidad, y por el consiguiente los castellanos á él, y continuamente estaban en Gilolo doçe castellanos, por capitan de los quales estaba Fernando de Anasco. Y cómo el rey de Gilolo era ya hombre de mucha edad, murió; y quando estuvo al cabo de la vida, fuéronle á visitar de parte del capitan general y á le consolar el capitan Andrés de Urdaneta: y el rey encomendó mucho un hijo que tenia de çinco ó seys años al capitan general y á los castellanos, y dixo que les rogaba que su hijo